

# Enrique Guzmán

## Rock perdido, ópera ganada

por Carlos Fuentes y Espinosa

El rubicundo escolapio de ocho años, en su postura acostumbrada, entonaba cantos junto a sus compañeros coristas mientras observaba con atención los coloridos frescos del templo de san Juan Bautista en su Cadereyta natal. Hacía poco que tomaba clases de pintura e imaginaba que los dibujos que diseñaba en su mente lograban vivir. Mientras su mirada inquieta se detenía en la composición polícroma del mural sobre el retablo mayor, recordaba una rutina estadounidense de dibujos animados en que el gato protagonista cantaba una hermosísima melodía vigorosa, que le confería la mayor gracia a la rutina. ‘Fígaro, Fígaro’, repetía en sus adentros.

El hijo menor de cinco (dos varones) decidiría, durante su educación Preparatoria, que se dedicaría a la música. Sería compositor e instrumentista de música popular, asunto que su familia no vería con buenos ojos, aunque tampoco con oposición. Es más, sus padres solventaron unas clases de guitarra, lo que causó al joven Juan Enrique un enamoramiento total. Las preocupaciones de sus padres sobre su futuro, como suele suceder, lo impelieron a cursar la carrera universitaria de Comunicación, donde concretó sus gustos por el diseño y la fotografía, comprendiendo sus fortalezas y debilidades en las distintas materias.

Entre clase y clase, el estudiante compondría canciones y melodías, participando regularmente en concursos escolares. En tanto, ¡era la voz principal de una banda de rock! En esas, conoció a algunos miembros del Coro de la Ópera de Nuevo León a quienes pidió orientación en canto. Estudió un año con Socorro Pedraza, quien que le notificó que su voz de tenor podría hallar cabida en el Coro, con la incredulidad del alumno, cuya voz competía con los tamborazos de su grupo musical. El barítono regiomontano Óscar Martínez lo tomó bajo su égida en 2006 y después de seis años quedó claro que el mundo de la llamada música comercial perdía un elemento que ganaría la lírica, donde pudo ser conocido con su nombre habitual, Enrique Guzmán, sin que fuera confundido con su homónimo famoso.

La brillantísima puesta en escena de *Il barbiere di Siviglia* en el Palacio de Bellas Artes a manos del estupendo director argentino, Willy Landín en 2007 significó para el novel tenor un hechizo cautivador (huelga insistir en la importancia de la alta calidad en las presentaciones, no sólo para el público frecuente, sino para el del futuro y también para los nuevos artistas).

Para 2011, Guzmán debutaba como solista en el Festival de Música Barroca de San Miguel de Allende, Guanajuato, en una obra de Henry Purcell, y fue admitido en el solicitado Taller de Ópera de Culiacán, Sinaloa, bajo la guía del barítono recientemente desaparecido, Carlos Serrano, y del tenor David Ramírez, quienes consolidaron su desarrollo como cantante, llevándolo a participar



Enrique Guzmán en *L'Orfeo* de Monteverdi en Bellas Artes

en The Yorke Trust Summer Opera en el Reino Unido, lo que le valió el papel de Tamino en una versión inglesa de *Die Zauberflöte* de Mozart, en Melbourne, Australia.

A Guzmán le interesa, sobre todo, el *bel canto* como repertorio esencial. Siente que la música de Gioachino Rossini le viene al dedillo, si bien ha cantado a Verdi, Gluck, Haydn, Mendelssohn, Donizetti, Händel, Orff y hasta óperas modernas. Precisamente ha participado en la conmemoración bicentenario en México de *Il barbiere di Siviglia* y en el estreno del *Il viaggio a Reims* del querido Cisne de Pésaro, así como en festivales mexicanos establecidos en los que es asiduo intérprete ya.

El joven tenor se contó entre los discípulos del loable Estudio de Ópera de Bellas Artes —en nuestra nación, “la de los tenores”, se dice—, donde recibió clases del insigne Francisco Araiza, del notable Ramón Vargas, del aclamado Javier Camarena, entre muchos maestros más, para solidificar su formación.

La voz de Enrique es límpida, de fáciles agudos, buena extensión, “e ideal para los personajes de óperas bufas y ligeras”, de acuerdo con la apreciación de alguno de sus colegas, y entre los comentarios de la audiencia sobre el canto de Enrique Guzmán suele oírse que posee una linda voz, que su sonido es claro y agradable. En la mente de algunos a los que tacharán de anticuados puristas está el pensamiento de que su emisión no está afectada, es natural y franca, atributos en extinción, que se perciben con esperanza jubilosa en este ilustre, magnífico, siempre enigmático y adorable género que el neoleonés abrazó. 📍